

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Galeria histórica, Agustina de Aragon, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Cosas del tiempo*, poesia, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*Por ser romántica*, novela, por doña Rogelia Leon.—*A una violeta recibida de una niña*, poesia, por D. Rafael Serrano Alcázar.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herretero.—*El Amor y la Sombra*, Madrigal, por D. Constantino Gil.—*Modas, correo de señoritas*, por Doña Joaquina de Carnicero.—*Labores*. Explicacion del pliego de Crochet, por Doña Adelaida Montagnol.—*Variedades*.

Pliego undécimo de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

GALERÍA HISTÓRICA.

IX.

AGUSTINA DE ARAGON.

Era en 1808.

Zaragoza, esa ciudad inmortal que, reflejando en el Ebro los botareles de colores de sus templos, y reclinándose en una alfombra de flores, tiene escrita

su magnífica historia sobre tumbas de mártires y monumentos de héroes; Zaragoza, la invicta, se miraba rodeada por un círculo de fuego.

La hermosa epopeya que habia de atraer sobre España las miradas de todas las naciones, se estaba efectuando; el ejército invencible de Jena y las Pirámides, habia encontrado una barrera insuperable; las aguas del Ebro reflejaban el Peñon de Santa Elena; los zaragozanos, en fin, frente á frente con el águila francesa, vengaban la sangrienta jornada del *Dos de Mayo*.

«¡Zaragoza no sabe rendirse!» gritaba Palafox á los emisarios de Lefevre; despues de muertos hablaríamos de esto; y la muerte, la destruccion llovian sobre la inmortal ciudad, que al bizarro empuje de las tropas enemigas, oponia como único muro los valerosos pechos de sus hijos.

Un dia, en la plaza del Carmen, viéronse reunidas todas las autoridades, y allí, delante de una bandera donde brillaba la imagen de Nuestra Señora del Pilar, aquel inmenso pueblo que hacia pocos instantes ocupaba las trincheras, se humilló en profundo silencio, y despues de recibir la bendicion del sacer-

dote, juró defender hasta morir su religion, su rey y su patria, sin consentir jamás el yugo extranjero.

¡Cuadro hermoso, é imposible de describir!

¿Cómo supo cumplir Zaragoza su juramento? Eclipsando las glorias de Sagunto y Numancia, envolviéndose en escombros, y renaciendo como el fénix de sus propias cenizas en la memoria de todos los países.

El general francés ardía en furor al ver la resistencia de los que había juzgado inertes; la poblacion veía estrecharse aquel círculo de hierro, y..... continuaba activa, fiera, heroica.

Los horrores del sitio crecían por instantes, los asaltos se hicieron más frecuentes, cien veces llegó el enemigo á la brecha abierta por sus cañones, y otras tantas se estrelló su esfuerzo contra la muralla viviente de los defensores; las tapias se arruinaban, y los cadáveres servían de parapeto y resguardo.

Tras una lucha desesperada, los franceses llegaron á apoderarse del monasterio de Santa Engracia; el peligro era inminente, los zaragozanos creyeron llegada su última hora, y despues de una resistencia sublime fueron replegándose hácia la plaza de La Seo; viendo los enemigos esto, «*¡Zaragoza es nuestra!*» gritaron; y comenzaron á ocupar la calle de Santa Engracia, avanzando hácia el Coso: una columna de Guardia imperial se dirigió á la plaza de la Magdalena, y otra á la del Mercado; al llegar á la primera, una descarga cerrada, disparada desde el Arco de Valencia, hizo morder el polvo á los más osados; esta es la señal de ataque: á los gritos de *¡viva España!* comienzan los vecinos á salir de sus casas, y un fuego horroroso hace retroceder á los que vencedores se juzgaban. Los leales cobran ánimo por momentos, la lucha se generaliza; las calles de Cineja, Verónica, La Parra y otras, son teatro de hazañas heroicas, de combates personales en que solo se hace uso del arma blanca; corren arroyos de sangre, palmo á palmo se defiende el terreno; acosados por la metralla, en medio de las llamas, se baten los zaragozanos; los palacios de Sástago y Fuentes son ocupados por el enemigo, el pueblo trepa á los miradores, se descuelgan los valientes desde el convento de Santa Rosa; rompiendo tabiques, asaltando balcones, se abren paso hasta los franceses, cuyos destrozados cuerpos caen desde lo alto; el magnifico palacio de Aranda se hunde á la esplosion de una mina; cada calle es un campo de batalla; las mujeres, los muchachos, desde las azoteas y tejados, lanzan toda cla-

se de proyectiles, piedras, planchas, sillas, y cuanto puede causar algun destrozo, al enemigo; truena el cañon, el humo invade la atmósfera, las campanas sueñan á rebato; y en medio de aquella lucha gigantesca, colosal, los franceses se replegan con asombro á las cercanas orillas del Huerva, donde quedan espantados mirándose unos á otros.

¡Gloriosa jornada! ¡Inmortal combate, en donde habian tomado accion todos!

Durante él, allá al otro extremo de la ciudad, en las baterías del Portillo, una hueste de franceses se dirigía á paso de carga hácia una brecha, cuyos defensores acababan de sucumbir; pero el amor patrio llenaba todos los pechos: una intrépida mujer arranca la mecha de las manos de su moribundo hermano, y trepando por una montaña de cadáveres, da fuego al cañon, que vomita la muerte sobre la columna enemiga.

Aquella mujer era *¡Agustina de Aragon!* ¡el orgullo de Zaragoza!

Con entusiasmo veían los zaragozanos cruzar por sus calles y plazas la hermosa figura de aquella hija del pueblo, radiante de juventud y belleza, que para ejemplo de valientes habia renovado en nuestras páginas nacionales los heroicos hechos de las matronas griegas y romanas.

Esta mujer singular, notable figura que se destaca en ese cuadro glorioso de 1808, obtuvo como premio el carácter y haberes de subteniente de ejército, y la banda y cruces creadas entonces para recomendar á los héroes de Zaragoza.

Agustina de Aragon, no solo asistió á los dos memorables sitios de la ciudad inmortal, sino tambien al de Tortosa, y de victoria en victoria, desoyendo las instigaciones de Wellington y Doile, que la aconsejaban fuese á Inglaterra, donde asombraría con la memoria de sus hazañas, se retiró á Ceuta, en cuya poblacion, despues de una vida ejemplar, rodeada de sus hijos, todos aragoneses, falleció santamente el día 29 de mayo de 1857.

Oscurecida murió esta heroína, y si bien se le honró con un solemne funeral, celebrado en la ciudad teatro de sus hazañas, libro aparte merece el recuerdo de la popular Agustina, cuyo nombre irá siempre unido á los gloriosos triunfos de Zaragoza.

JOAQUIN TOMELO Y BENEDICTO.

COSAS DEL TIEMPO.

Á LUISA.

Cruces haciéndome estoy,
 Absorto y confuso, al ver
 Lo que me amabas ayer
 Lo que me aborreces hoy.
 ¿Acaso el mismo no soy?
 ¿Quizá la misma no eres?
 Quisíste me, no me quieres,
 Y amor eterno juramos.....
 ¡Bonitos chascos llevamos
 Los hombres y las mujeres!

Aunque el desengaño es mío,
 Si he de hablarte con franqueza,
 Ni trastorna mi cabeza
 Ni conmueve mi albedrío.
 Pero al saber tu desvío
 Mentira me pareció
 Que, siendo tú quien sé yo
 Y siendo yo quien tú sabes,
 Estúpidamente acabes
 Lo que tan bien empezó.

Mas ya que te has decidido
 Á faltar, recuerda, Luisa,
 Que para el desprecio hay risa
 Y para el desden olvido.
 Con el alma te he querido,
 Y en amor, aunque esto abone,
 Pierde más el que más pone;
 ¿Qué he de hacer? estuve iluso:
 De ese pecado me acuso,
 Y que Dios me lo perdone.

Muy satisfecha estarás
 De tu determinacion,
 Pero, Luisa, en conclusión,
 ¿Quién habrá perdido más?
 Acaso lo sentirás
 Alguna vez..... ¡no te alteres!
 Y entonces diré «¡qué quieres!
 »En los tiempos que alcanzamos
 »¡Bonitos chascos llevamos
 »Los hombres y las mujeres!»

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

POR SER ROMÁNTICA.

I.

¡NO ERA MI TIPO!

¡Elena acababa de retirarse de un baile! Eran las cuatro de la madrugada, y aun la hermosa niña no tenía sueño; pero soñaba despierta en todas las lindes que la habían dicho, en toda la admiración que había causado.

Su traje era sencillísimo, sus hermosos cabellos, partidos en dos rizadas bandas, solo llevaban por adorno una blanca rosa á un lado.

Hoy había sido el *mata-pollos* de todos los elegantes jóvenes del salón, entonces representaba la Modestia.

Su vestido blanco de ligera gasa, tampoco tenía otro atractivo que la pureza y hermosura del diáfano y sedoso cuerpo que lo ceñía.

Eran un cutis y unas formas de quince años, es decir, la primera rosa de la primavera, la púdica violeta que despide el invierno, la tierna mariposa que abre sus alas, á la par que su corola la amapola de los valles,

¡¡¡Son tan hermosos los quince años!!!

¿Quién comprende la fealdad en una flor que se alza lozana, y levanta por primera vez su casta frente para mirar con un placer infinito ese mundo que la brinda con sus goces y sus amores?

Elena, á pesar de su corta edad, había soñado ya con un amante.

¿Quién pasa de la niñez á la juventud sin soñar con ese alimento del espíritu, con esa necesidad del alma?

¡Y más cuando Elena era sensible como una tórtola, y amorosa como un ruiseñor!

¡La gustaban tanto las novelas de amores, que estaba suscrita á una biblioteca de lectura, habiendo prohibido al bibliotecario que la mandase obras que tratasen de otros asuntos!

¿Qué la importaban á ella las ciencias, que gastan la sensibilidad; la filosofía, que diseca el alma; las matemáticas, que endurecen el corazón; y la historia con sus anales sangrientos, que la hubieran hecho confundir á los hombres con los tigres, y á las mujeres con las panteras?

¡Viajes!.... ¿Para qué quería saber que había un mundo que nunca podría visitar, como el pobre

ciego esa naturaleza que no ve, y que le espican para su tormento?

¡Historias de hombres célebres!.... ¿Qué necesidad tenía de saber que Cervantes perdió un brazo en Lepanto, sin salir por ello de su plaza de soldado, ni que escribió obras que han sido admiración del mundo, y le valieron la recompensa de morir en una buhardilla, poco menos que de hambre?

¿Á qué enterarse que Luis de Camoëns, vencedor en África, no tuvo luego en su ingrata patria quien le ofreciese un pedazo de pan en cambio de su valor, ó de las sublimes poesías de su singular ingenio?

¡Descubrimientos!.... ¡Infeliz Colon! ¿Para qué quería saber Elena que le tuvieron por loco, como al pobre Copérnico, y que ambos murieron víctimas de la ingratitud y la envidia de los ignorantes?

¿Á qué lastimar su alma con la historia de Magallanes, y saber que murió asaeteado despues de descubrir el Archipiélago filipino?

¡Quédense esas leyendas para las almas laceradas por el infortunio, para los corazones llenos de heridas..... ¡Seria cruel ulcerar el que está virgen de ileso de las flechas del dolor!

¡Pobre Elena! ¡No sabia que tambien en los amores existen dardos agudos que hacen heridas crueles que jamás se cicatrizan!

.....
Pero en estos momentos era venturosa: ¡creía en el amor! ¡Oh qué delirio más feliz!....

Soñaba con ese tipo ideal que siempre vemos delante, y que nunca toma formas humanas para hacerse dichosos!

¡Y qué hechicero era el tipo de la hermosa Elena!

¡Qué elegancia, qué majestad, qué hermosura, qué grandeza!

No se podía dar un modelo más bellissimo.

Y como Elena era buena, rezaba todas las noches por él, ¡y le aguardaba como el encarcelado la libertad!

¡Le aguardaba como el enfermo el calmante de sus males!

¡Como la madre la primera sonrisa del niño!

Las religiosas del vecino convento tocaban el alba, y ella permanecía delante de un espejo para cerciorarse de que era hermosa.

Cuando oyó que las campanas anunciaban el día, cayó de rodillas, y llevó las manos á su frente.

Algo grave debió cruzar por ella, pues apartán-

dose del espejo, se dirigió á un balcon para contemplar el cielo.

Miró por los cristales el horizonte, despues el campanario de la iglesia; al pié del cual sin duda estaria una mujer tocando el alba.

Ambas mujeres no dormían. La una por amor á Dios, y la otra por amor á los hombres.

La primera era feliz, puesto que amaba á un Ser infinito.

La segunda debía sufrir mucho, porque se empeñaba en idealizar la mísera especie humana.

¡Qué romántica era Elena! Miró el lecho sin tocarlo, y se acostó en su butaca, por ver desde allí el cielo y las primeras luces del día.

Con su traje como el armiño, parecía una paloma.

Con su rosa blanca en la frente, una virgen coronada de azahar.

Sus melancólicos pensamientos trajeron una lágrima á sus ojos; tranquila como la inocencia, y clara como la que destila la hoja de una rosa de mayo.

Su hermosa cabeza, coronada de graciosos rizos, se adelantó varias veces con languidez para ver mejor las estrellas que iban desapareciendo como las damas de un festin que ha durado toda la noche.

Las primeras tintas de la aurora asomaban detrás de las colinas, cuando Elena cayó de espaldas sobre el blando espaldar, perdido el equilibrio de su hermosa garganta con el pesado sueño que convierte en un cadáver la alegre niña que danzaba hace una hora como una ligera máquina.

Sus ojos, que tantas miradas magnéticas habían dirigido, que tantos suspiros y protestas habían arancado, fueron encerrados en sus párpados como el telon que nos oculta una decoracion bellísima, que mirábamos con afán momentos antes.

Elena durmió bien, y cuando su doncella la despertó á las doce de la mañana, porque la iban á servir el desayuno, entreabrió sus labios la más hechicera de las sonrisas.

Si había soñado, debía haber sido sueño muy agradable; y si no había soñado, su primer pensamiento era sin duda feliz.

Hemos dicho que tenía quince años, y á esa edad se despierta siempre con alegría.

El caudal de *esperanza* que Dios deposita en cada corazón no se ha empezado todavía. Se conserva en bonitas monedas de oro tan nuevas como brillantes.

¡Ay del día en que se cambia la primera!

Á veces lo damos por un objeto de tan poco valor,
que ni aun se puede comparar con el cobre!

Casi tiramos estas monedas al lodo.

Nos damos una priesa á gastarlas, que á la mitad
del camino nos hallamos sin dinero.

Es un caudal que se derrocha, y que no se siente
la ruina hasta verle completamente perdido.

Lo ponemos á una carta como el jugador, y le ve-
mos desaparecer sin pensar en él mañana.

Somos avaros de las joyas y de los bienes mate-
riales, y no lo somos de este tesoro que es la luz de
nuestra vida, el sostén de nuestra tranquilidad, y el
compañero que debiéramos llevar hasta la tumba.

¡Zorrilla! ese arpa melodiosa que hoy escucha-
mos á través de los mares, lo ha dicho en este inimi-
table canto.

.....
¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazon,
Á cuyo tibio resplandor se alcanza
Un más allá en el hondo panteon.

—
Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al punto de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por doquier.

—
Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra vida ante el estenso mar,
Aun vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

—
¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes, que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

—
Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pos,
Y amiga fiel nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

—
¡Sol de mi vida! Sin cesar conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven;
No apagues, no, tu resplandor amigo,
Mientras mis ojos en vigilia estén.

—
¡Lámpara de mi nicho solitario!....
Baja conmigo al negro panteon,

Y séanme los pliegues del sudario

De sueño eterno santo pabellon.

Elena habia concebido una esperanza.

¡Qué bella le pareció!

Encontrar un amante singular; un héroe de la
Edad Media; un trovador que hiciese trovas á su her-
mosura, y cantase por las noches al pié de sus rejas,
y nocturno rondador no durmiese, requiriendo la
espada á cada sombra que se presentase como un
rival.

Este hombre debería ser alto, delgado, melenudo,
pálido, con unos ojos lánguidos y centellantes á la
vez, una boca finísima, adornada por una sonrisa
melancólica, y casi cubierta por un negro y sedoso
bigote.

Sus manos deberían ser blancas y cruzadas de
venas azules, donde llevaria un anillo simbólico.

Delgada la cintura, largo el talle, audaz en el por-
te, aristocráticos ademanes, y sobre todo rodillas
dispuestas á besar pavimentos ante la dama elegida
de su corazon.

Este hombre no hablaria de dormir, de comer, de
beber, ni de reposar nunca. ¡Oh!.... las necesidades
de la vida son horribles, monstruosas.

El que ama á una mujer sensible y hermosa, debe
suprimir esas vergonzosas exigencias de la naturale-
za, que sin duda impuso Dios al hombre para casti-
gar su altanería y su orgullo.

¡Cuántas veces tiene que despedirse un amante
de su amada, en el momento en que esta pronun-
ciaba la palabra *amor* con unos labios de rosa y un
aliento perfumado, porque el romántico galan no
puede resistir un fuerte dolor de estómago, ó el in-
saciable picor de los sabañones, ó el punzante mar-
tiro de los callos!

Pero, ¿quién convence á una mujer romántica y
espiritual, de que su amante es de carne y hueso
como todos los humanos, y está sujeto á las ruedas
de la pobre y deleznable máquina que forma su sér?

Eso seria, no solo matar sus ilusiones, sino ase-
sinarla sin piedad.

¡Desdichada la mujer que nace con esa mente
poética y exaltada! Vivirá de visiones, de fantasmas
engañosos, y ¡ay del dia en que comprenda la rea-
lidad!

Si á un hombre le fuese dado sostener esas vapo-
rosas y delicadas emociones, podia decir que habia
sido amado de un ángel que no tocó jamás con sus
alas el lodo ni las miserias del mundo.

Pero el hombre gusta de materializar la mujer, y aun se complace en escarnecer á aquella que idealiza sus amores, y los quiere vestir con algo de la Divinidad.

¡Infeliz la que no conozca las distancias, y eleve al hombre hasta ella, ó se rebaje hasta él, sabiendo edivinar cuál de los dos está á mayor altura, nivelándolos por medio del cariño y la sagacidad!

Elena necesitaba un amante que no hallaría en el mundo. Cada día añadía al tipo formado una nueva cualidad, que no podía menos de hallar negativa, á no ser que Dios se lo enviase del cielo, formado exclusivamente para ella.

Aquella noche en el baile habia visto un jóven que no bailaba, y que, retirado en el fondo de una galería, la miró apasionadamente.

El semblante sombrío y meditabundo de aquel jóven, su actitud, apoyándose en una columna, y la hermosa planta de blancas camelias que cubrían parte de sus vestidos, por estar colocado detrás de una maceta azul, que contenía tan lindísimas flores, le dieron á los ojos de Elena algo de fantástico y novelesco.

Sus miradas se habian encontrado dos ó tres veces, y el jóven habia llevado la mano al corazon, como indicándole que le fascinaba.

Ella habia vuelto simuladamente la cabeza, y siempre habia encontrado aquellos ojos sombríos, velados por largas pestañas, que guardaban con misterio las comunicaciones electricas que recibía.

¡Él es! habia murmurado la enamorada niña, y habia tenido que sujetar los latidos de su pecho, que un temblor nervioso agitaba, por más que le reprimía.

Sus más tiernas emociones se habian despertado, y solo deseaba ver salir al jóven de la galería, y entrar en los salones y llegarse hasta ella, con esa timidez que infunde la verdadera pasión, y ofrecerle su mano sin hablar, á la encantadora música de un wals de Strauss, y sentir el ardor de aquella mano febril en su delgada cintura, y dar rápidas vueltas en medio de un vértigo encantador, y cuando ya el mareo, el cansancio la obligase á caer en una silla, sentir el brazo vigoroso de un alcides sosteniendo su talle hasta dejarla tranquila, y retirarse luego tambien sin pronunciar frase alguna, lanzándola una mirada de fuego, sinónimo de apasionada declaración; pero ¡oh martirio!

El jóven no salió de su escondite, y para verle,

tuvo que volver á cruzar la galería otra vez, y le volvió á hallar allí, inmóvil como una estatua, y pálido y triste como una escultura de Miguel Ángel que representase el sentimiento.

Más tarde, cerca de la madrugada, volvió á buscarle, y no le halló; pero dirigiendo la vista á todas partes le encontró al fin al pié de un laurel que habia en el fondo del jardin, en un asiento rústico, donde el elegante jóven descansaba de la centinela que habia hecho por espacio de muchas horas.

A la sazón iba Elena con una amiga, y la preguntó quién era aquel extraño jóven que no tomaba parte en la diversion.

— ¡Es Gustavo! le respondió su amiga: sobrino de la dueña de la casa, de carácter raro y algo misántropo; pero por lo demás un buen muchacho, aunque pobre, muy pobre, amiga mia.

Su tía le costea la carrera de leyes, y dicen que aprovecha este sacrificio; pero que disgusta á la familia con sus extravagancias y rarezas.

— ¡No le comprenden! murmuró Elena por la bajo, mirando á su interlocutora con un aire de desden.

Al poco rato, la jóven se retiraba del baile, llevando impresa en su alma la imágen de aquel ente singular, á quien conservaría ella eternamente, si posible fuera, pegado á la columna como Sansón, ó en el rústico banco de yedra como Armido, el sensible pastor de los valles.

Al otro día creyó verlo en todas partes, al siguiente lo buscaba hasta en los botones de las flores, al otro, en las copas de los árboles, en los nidos de los pájaros y en los murmurantes arroyos que pasaban á sus piés.

No sabia si le amaba; pero sí que su romanticismo habia embargado su corazon.

El jóven, por su parte, era uno de esos amadores de oficio, que tienen un juego de miradas para cada mujer, y lo mismo habia mirado á Elena al pasar, que á las otras hermosas jóvenes que cruzaron ante su vista.

El todo era interesarlas y atraerlas, para olvidarlas luego con la misma facilidad que procuraba fascinarlas.

Corazon gastado á los veintidos años. Alma llena de amargura, deseando amargar á las demás.

Carácter caprichoso, que no se mezclaba en los festines, por amor á la soledad, sino porque no podía someter á todas á su capricho, voluntad imperiosa y terrible.

Esto podía muy bien ser defectos de su organismo, ó exasperado dolor de su alma, por una orfandad tristísima, por una vida de dependencia y por un convencimiento de que la pobreza debe mantenerse á gran distancia de la felicidad.

Lo cierto es que Elena había sido para él una de tantas sombras que habían cruzado ante sus ojos para hacerle lanzar un suspiro y olvidarla luego con desden, diciendo:—¡Será tan orgullosa como todas! ¡La amo y la aborrezco á la vez!

Algunos días se pasaron, y Elena no volvió á ver á su soñado tipo, á su ser ideal.

Se puso triste, pero conservó esperanza.

Con efecto, pasado un mes, recibió una perfumada carta.

¡Con qué temblor rompió el verde lacre que la cerraba!

¡Era una misiva en verso; era una epístola amante!

¡Oh felicidad! ¡Oh gloria! Apenas podía leer....

—¡Yo te vi en una noche deliciosa.

Por la luz de la luna iluminada

Recorrer un jardín lleno de aromas

Como blanca paloma con sus alas!

—

Eran allí las rosas tu diadema

Y las camelias con sus blancas frentes

Levantarse querían hasta Elena

Para formar guirnalda á sus sienes.

—

Yo te miré como el sediento mira

El claro manantial que lejos corre,

Pero ni una mirada, una sonrisa,

Me lanzaron tus labios como flores.

—

¿Por qué, ingrata, tuviste tal desvío

Con el único sér que allí te amaba?

Me dejaste morir ¡ay! dolorido,

Como triste y marchita pasionaria.

—

Desde entonces yo adoro tu belleza

Y tu imagen me sigue como un sueño;

Por tí empecé á sentir como el poeta,

Y sin tu amor, la vida es un infierno.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

A UNA VIOLETA

RECIBIDA DE UNA NIÑA.

—

Violeta dulce y hermosa,

Mimada flor del pensil,

Que meciéndote orgullosa

Dabas envidia á la rosa

Desde tu tallo gentil:

¿Es verdad que una mujer,

Otra bellísima flor,

Te fué risueña á coger

Exhalando con placer

Tiernos suspiros de amor?

¿Es verdad que dulcemente

Besaste sus labios rojos,

Que te acarició riente

Y que una lágrima ardiente

Recogiste de sus ojos?

Y cuando fué lisonjera

Con tu corola á jugar,

¿No te dijo placentera

Que eras tú su mensajera

Y que es muy dulce el amar?

Lo dijo, si... te sonrojas;

Tú fuiste, flor, su embeleso;

Tú aliviaste sus congojas;

¡Aun pienso ver en tus hojas

Palpitar su último beso!

Tesoro de mi alegría,

Yo cantaré tu alabanza.

¿Cómo olvidarte ni un día,

Si eres la flor que me envía

El ángel de mi esperanza?

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Estrenos en Variedades: **El Siglo del Bombo**, comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Gutierrez de Alba.—Liceo Piquer.

A los vertiginosos días de Carnaval, han sucedido los apacibles de Cuaresma, época de sosiego, de tranquilidad y beatitud, precursora de la dulce primavera, y tiempo, en fin, muy recomendable para ser aprovechado en el cumplimiento y conmemoración de los deberes religiosos.

La animación y la alegría del pueblo madrileño

parecen haber tomado distinto carácter del que tuvieron en las pasadas fiestas, y aunque no se han interrumpido los espectáculos ni las diversiones, parecen llevar un sello más honesto y más agradable, especialmente desde que los salones públicos de baile cerraron sus puertas.

El teatro sigue arrastrando su penosa vida, tan lánguida, tan estéril, que apenas nos ofrece materia para formular estas revistas, cosa que sentimos en extremo, no por nosotros, sino por el arte dramático, sometido en la actualidad á una gran condena que le despoja de su grandeza é importancia.

Apenas tenemos una sola novedad de que dar cuenta á nuestros favorecedores, y aun aquellas sobre las cuales vamos á emitir nuestra opinion, son de suyo tan menguadas é insipientes, que más favor recibirían si las dejáramos descansar en su lecho de polvo, que no trayéndolas por los cabellos al estenso palenque de la publicidad.

¡Pobre teatro español!

Sin duda alguna que nunca ha sido su estado más alarmante, y si la voz del que escribe estas líneas tuviera mayor autoridad, seguramente que nunca la levantaría con más vigor que en estos momentos, en que la escena española parece haberse aniquilado por consunción, y en que el gran arte de Calderon y Lope, convertido en granjería de ingenios baladies, parece haber llegado al punto máximo de su descendimiento.

Obra generosa sería, y obra digna de loa y aplauso, hacer algo en pró del desventurado teatro, y como este milagro, ó, si mejor se quiere, acto de caridad, solo puede ser realizado por los buenos autores, á ellos apelamos en tan desolado trance, y les suplicamos de todo corazón fijen la vista en la desierta escena, y dejen caer sobre ella alguna semilla más escelente á fin de convertir en campo de abundancia y de bendición aquel páramo yermo y solitario.

De la comedia en tres actos y en verso del Sr. Alba, nominada *El Siglo del Bombo*, y estrenada en *Novedades* con éxito muy inferior, no quisiéramos acordarnos, temerosos de disgustar á su autor y de acrecentar el *spleen* que nos produjo su representación. Es una obra de paso, zurcida á destajo, asainetada, frívola, casi majadera, que no se puede censurar en serio, sin dejar malparado el amor propio de su padre literario. El Sr. Alba, que sin bastante razón para justificar su intento confía por lo general el éxito de sus obras á la facilidad ó espontaneidad del

diálogo, ha versificado esta comedia de una manera infeliz y desgraciada, de la cual no puede hacer la crítica caso omiso sin incurrir en una parcialidad vituperable.

En cuanto al argumento, esta es la hora en que no le conocemos, porque no le tiene, y si por tal pudiera pasar el conato de asunto que entraña, más vale suprimir sobre él todo comentario, porque en nada favorecería á una obra de índole tan rara y estravagante. Por fortuna del buen gusto y de las letras ha pasado ya á mejor vida esta insípida elucubración, y hacemos punto redondo.

De la representada en el coliseo del *Príncipe* con el título de *El laurel de la Zubia*, poco tenemos que decir, porque destinada por sus autores, los señores Hurtado y Nuñez de Arce á celebrar el fausto suceso de la cesion de los bienes de S. M. la Reina al Tesoro público, ha llenado su objeto, mereciendo entusiasmas aplausos por su rica y armoniosa versificación.

En el teatro de *Variedades* se han puesto en escena dos piezas nuevas en un acto nominadas *Con canas y polleando* y *Un tirano con faldas*. La primera de estas dos obrillas es original del Sr. Martinez Santiago, que así debe tener trazas de poeta cómico como el que escribe estas líneas de arzobispo. Todo en esta obra es monótono y pesado, y aparte de que no entretiene ni deleita, pertenece á uno de esos géneros sobre los cuales fulmina en seguida el público su veredicto irrecusable.

La segunda pieza, arreglada del francés por el Sr. García Gonzalez, logró cautivar y agradar á la concurrencia por algunos de sus chistes de un gusto cómico muy superior.

En el desempeño de estas dos obras, no lucieron grandes dotes los actores que componen la *troupe* de D. Julian Romea; pero, en fin, no queremos pedirles cuentas de sus pecados en gracia de la enfermedad que postra á aquel insigne é irremplazable artista.

En la noche del lunes último hicimos, como de costumbre, nuestra amistosa visita al inolvidable Liceo Piquer, que celebró una sesión agradabilísima, como todas las que tenemos la buena fortuna de presenciar en aquel modesto templo del arte, donde se rinde admirable culto al buen gusto, á la alegría y á la confianza, en sus más honestas manifestaciones.

Representóse la comedia nominada *En crisis*, en la que trabajaron con sumo acierto las señoras de Arrueta y los Sres. Arrueta, Malo y Treviño.

En la parte musical tomó parte la señorita Galar-

za, acompañada de su maestra, señora de Vanhalen. La estensa y agradable voz, la agilidad y dulzura de la linda filarmónica, la captaron las simpatías de sus consócios, inspirando al Sr. Grilo una preciosa poesía que leyó con general aplauso. También los merecieron los Sres. Alvelda, Parera, y otro señor cuyo apellido ignoramos.

La sección literaria hizo aparecer por vez primera á una de las más encantadoras flores del Parnaso español, la señorita de Príncipe, en cuyos sentidos versos brilla el talento y la inspiración. El Sr. Serrano Alcázar compartió con su joven y linda compañera las muestras de aprobación de aquel distinguido auditorio: con la pieza titulada *Pepita*, terminó tan agradable función.

En adelante seguiremos ocupándonos con especial preferencia de las sesiones de este encantador Liceo, donde trascurren los momentos con tan deliciosa brevedad, y donde el arte dramático y las bellas letras encuentran admiradores tan apasionados.

LEANDRO A. HERRERO.

MADRIGAL.

EL AMOR Y LA SOMBRA.

Queman, morena, tus rasgados ojos
Cual los rayos del sol,
Y mi palabra, tímida, es la sombra
Que mata su arrebol.
Mientras luce su fuego, avergonzado
Huyo lejos de ti,
Como la sombra cuando el Rey del día
Se tiñe de rubí.
¿Podrá llegar un día en que te mire,
Morena, sin temblar?
¿Podrá llegar un día en que la sombra
Al sol pueda mirar?
¡No me mires por Dios! con tu recuerdo
Cual sombra viviré;
¡Triste es vivir así! más si me miras,
Entonces moriré.

CONSTANTINO GIL.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

El Carnaval pasó, llevándose la alegría de las elegantes; pero la primavera se anuncia á despecho

de la tétrica faz de la Cuaresma, en la alegría de su cielo y la esplendidez del sol.

Verdad es que la *Moda* ha recogido velas, estacionada en calma en el mar del ayuno y la penitencia; pero pretende virar de popa, haciendo rumbo hácia el sermón severamente ataviada, pero con suficiente gusto para distraer la atención de las bellas devotas.

No significamos por esto que producirá novedades en el momento, porque hoy es estacionaria; pero convendréis, queridas lectoras, en la incontestable elegancia de los siguientes trajes, en los que podreis observar que la doble falda recobra una marcada predilección.

El primero es de raso pensamiento, guarnecido en el bajo de la falda por tres entredoses de encaje negro colocado sobre una cinta blanca. La segunda falda va adornada sobre cada costura con una ancha muletilla de encaje, partiendo desde el talle, y figurando una especie de drapería: dicha falda se bordea con un estrecho encaje. Cuerpo alto y liso, con cinturón Imperio de encaje sobre cinta. Mangas de codo. Sobre este traje se destaca un paletot corto y cimbreado, de terciopelo pensamiento, redondeado por delante, y guarnecido con un encaje mediano, superado por una magnífica pasamanería que remonta por ambos lados en el delantero. Las mangas estrechas llevan una pequeña pasamanería que forma vuelta, y un encaje á guisa de *jockey* en la sisa. Sombrero *fanchon* de terciopelo pensamiento con pluma blanca por detrás, y *bandeau* sembrado de perlas de acero en el interior.

El siguiente traje, aunque más severo, merece mencionarse. Es de *point de soie* habana muy oscuro, y guarnecido sobre el falso con una ancha tira recta en felpa habana, sobre la que pasan de distancia en distancia muletillas igualmente en felpa, fijas con botones de acero planos, que terminan cuadrados por abajo. El cuerpo es con aldetas en conexión con el bajo de la falda. Completa este traje una casaca de felpa habana, abierta por detrás hasta la cintura, toda forrada de raso blanco, y sin más adorno que dos filas de botones de acero. Es sencillo y elegante al mismo tiempo. El sombrero, todo de crespón blanco, lleva tiras de felpa habana, entrecruzadas, y figurando hallarse fijas con gafetes de acero.

Mirad qué traje de tan escasa elegancia, que puede servir para visitas de mañana maravillosamente, pero que será más bien adoptado para comidas íntimas. Es de raso de ese bellissimo azul nuevo no

muy oscuro y de un matiz tan limpio. En el bajo de la falda lleva un ramo de flores de distancia en distancia, formando haz con su ligadura, bordado al pasado en seda blanca. El cuerpo alto es: chaleco por delante y con tres cabos por detras que descenden lo menos hasta media falda, sembrados de ramilletes y terminados por una bella franja perlada. Este cuerpo es liso, y las mangas justas llevan un ramo en la altura, otro abajo y una franja cayendo sobre la manga inferior. Tenemos dos medios de terminar este traje; para visitas es necesaria la vestimenta de raso igual guarnecida de bello encaje, y el sombrero de tul adornado con plumas, y para comida se pasan en los cabellos birretes de terciopelo azul pajeados de plata ó de perlas, ó si no birretes de galon de plata. Esta encantadora fantasía está muy admitida. Con estos galones se pueden arreglar prendidos enteramente artísticos. Además de los tres clásicos listoncillos se añaden rizos de galon de cinco centímetros de largos colocados entre los bandeaux y cayendo sobre la frente, y otros en galon más ancho dispuestos sobre el lado. Inútil nos parece advertir que el galon de oro no puede tener lugar sino sobre cabellos negros.

Vamos á terminar describiendo dos lindos trajes para niña de seis á diez años.

El primero de popelina gris perla lleva un volante en el bajo á gruesos pliegues, y en cada hueco de ellos un gafete de terciopelo de bellissimo encarnado. Sobre este volante van dos estrechos vieses del mismo terciopelo. Cuerpo de escote cuadrado adornado de una berta guarnecida de vieses y gafetes. Mangas cortas con igual adorno, camiseta y mangas blancas.

El otro es de tafetan negro con una tira en el bajo de azul puro rayada por un zigzag de terciopelo negro mediano, cuyos cabos vienen á cruzarse por debajo de la tira; berta y mangas guarnecidas lo mismo, así como el cinturón.

En cuanto á los niños llevarán esta primavera trajes de paño chiné.

JOAQUINA DE CARNICERO.

LABORES.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE CROCHET.

Número 1. Estrellas de crochet que pueden servir para respaldo de sillones, colchas, almohadones, etc.

1.^a vuelta. Se hacen diez y seis puntos lisos, y se une el último al primero, formándose así el círculo de la estrella.

2.^a vuelta. Una barra, cuatro puntos lisos; una barra, y así sucesivamente toda la vuelta, no dejando de intervalo mas que un punto entre cada barra.

3.^a vuelta. Un punto doble, siete barras, un punto doble: este se repite en cada presilla, formadas por los puntos lisos de la vuelta anterior.

4.^a vuelta. Un punto doble, cogido al medio de la concha que forma ya lo hecho; ocho puntos lisos, un punto doble en la concha ú onda siguiente, y así sucesivamente toda la vuelta.

5.^a vuelta. Todos puntos dobles, uno junto á otro.

6.^a vuelta. Veinticuatro puntos lisos; se vuelve sobre estos mismos puntos haciendo dos puntos dobles sobre los dos primeros, y una barra sobre cada punto de los siguientes. Esto forma el centro de uno de los ramos de la estrella; despues se toma la labor del revés, y se rodea la rama con puntos dobles, colocando uno sobre cada barra, y se hacen algunos crecidos á la punta de la rama. Se vuelve otra vez la labor de la cara, y se rodea la rama con otra carrera de puntos dobles. Cuando se concluyen ó se empiezan estas vueltas de puntos dobles, se coloca un punto sencillo sobre uno doble en la quinta vuelta. Concluido esto, se hacen dos puntos dobles sobre la quinta vuelta, y se vuelve á empezar otra rama, haciendo veinticuatro puntos lisos entre el punto que tiene los veinticuatro lisos y el que tiene los veinticuatro anteriores; debe haber cinco puntos de intervalo para que puedan resultar, despues de concluida, doce ramas en la estrella.

7.^a vuelta. Se cuentan cuatro puntos desde la vuelta anterior, y en el quinto punto de la orilla izquierda se empieza la labor siguiente: ocho puntos, una barra doble enganchada en el lado de la rama, dejando tres puntos de intervalo entre este y aquel en el que empieza la labor; tres puntos lisos, una barra, dejando tres puntos de intervalo entre esta barra y la barra doble; tres puntos lisos, un punto doble, dejando tres de intervalo; tres puntos lisos, un punto sencillo enganchado al canto de la rama que se está haciendo, y ahora vamos á pasar á la rama de punto. Se toma la labor del revés, y se hacen tres puntos sencillos á la orilla de la rama, un punto doble enganchado sobre el punto doble anterior; tres puntos sencillos al extremo de la rama, una barra

sobre la otra barra, tres puntos sencillos al extremo de la rama; una barra doble sobre la otra barra doble, tres puntos sencillos; una triple barra enganchada sobre el quinto punto de los ocho con que se ha empezado la vuelta. Se sujeta el hilo pasándolo dentro de la lazada que tiene el crochet, para poder cortar el hilo, y trasladarse otra vez al principio de la vuelta, enganchando el crochet sobre el quinto punto, contando desde el extremo de la rama concluida.

8.^a vuelta. Una barra cogida en el punto que forma el pico de una de las ramas, cinco puntos lisos; una barra cogida en el mismo punto que la barra anterior; una barra dejando dos puntos de intervalo entre esta y la anterior; cinco puntos lisos; una barra en el mismo punto que la anterior; dos puntos lisos, una barra cogida en el quinto punto de los ocho que empiezan la vuelta precedente; cinco puntos lisos, una barra hecha en el mismo punto de la última; dos puntos lisos; una barra sobre la rama siguiente, y en el tercer punto del medio; cinco puntos lisos y una barra en el mismo punto de la anterior: esto se repite cuantas veces sea necesario hasta concluir la estrella. Para formar algo con estas estrellas, se unirá una á otra, y en el hueco se colocará otra estrella chica, segun se ven en el modelo número 2.

Explicación de la estrella chica del núm. 2.

Háganse siete puntos lisos, reúnanse el primero con el último.

1.^a vuelta. Once puntos lisos ó de cadeneta, un punto doble cogido en el círculo, formado con los siete puntos lisos anteriores: esto se repite ocho veces, y se concluye haciendo puntos sencillos sobre los primeros de los once que han empezado la vuelta.

2.^a vuelta. Cuatro puntos lisos, un punto sencillo sobre el sétimo punto de los once; cuatro puntos lisos, un punto sencillo sobre el quinto de los once de la onda siguiente. Se vuelve al principio de la vuelta, y se concluye con un punto sencillo sobre el quinto de los que dan fin á la primera vuelta.

3.^a vuelta. Cinco barras cogidas á la onda á la lazada, de los cuatro puntos lisos que se encuentran sobre una lazada de los de once puntos; un punto doble cogido á la lazada de cinco puntos que se encuentra entre otras dos de once puntos. Se vuelve al principio para repetir siete veces esto mismo, y que de este modo resulten ocho conchas ú ondas.

4.^a vuelta. Trece puntos lisos, un punto doble sobre el primer punto doble de la vuelta precedente, y esto se repite otras siete veces.

5.^a vuelta. Cinco puntos lisos, seis barras sobre los seis primeros puntos de los trece con que se ha empezado la última vuelta—X;—cuatro puntos lisos, seis barras sobre los seis primeros puntos de una de las lazadas de trece puntos, un punto doble; antes de concluir se hace pasar el hilo por las dos últimas lazadas que se encuentran sobre el crochet. Se concluye haciendo cinco barras sobre los cinco últimos puntos lisos de la onda de once puntos, y se vuelve á la—X,— y se concluye entonces haciendo seis puntos sencillos sobre los seis primeros de la vuelta y cuatro puntos lisos.

6.^a vuelta. Siete barras cogidas á la onda de los cuatro puntos de la vuelta precedente—X;—diez puntos, ocho barras en una onda de cuatro puntos—X—. Conclúyase por tres puntos sencillos sobre las tres primeras barras de la vuelta.

7.^a vuelta. Cinco puntos lisos, un punto doble sobre el cuarto punto de la onda, de diez puntos lisos; cinco puntos lisos, un punto doble sobre el sétimo punto liso; cinco puntos lisos, un punto doble sobre la tercera barra de un grupo de ocho; se vuelve al principio de la vuelta.

8.^a vuelta. Cinco puntos lisos, un punto doble en la onda de puntos lisos, que se encuentra un grupo de ocho barras de la sexta vuelta; cinco puntos lisos, un punto doble en la misma onda, cinco puntos lisos y un punto doble sobre el punto doble que concluye la onda á que nos referimos; cinco puntos lisos, un punto doble sobre el punto doble siguiente; cinco puntos lisos, un punto doble en una ondata de la última vuelta; cinco puntos lisos, un punto doble en esta misma onda; cinco puntos lisos, un punto doble sobre el punto doble que concluye esta onda; cinco puntos lisos, un punto doble sobre el primer punto que se encuentra; entonces se vuelve al principio y al fin de la vuelta y la estrella estará concluida.

Núm. 3. Otra estrella cuyo empleo es el mismo que la del núm. 1: estas se unen unas á otras, y en los huecos que hay luego de unas á otras, se colocan unas chiquitas como la del núm. 4.

4.^a vuelta de la estrella núm. 3:

Se hacen doce puntos lisos para formar el círculo, uniendo el primer punto al último, como ya se ha explicado para las demás.

2.^a vuelta. Se ponen dos puntos dobles sobre cada uno de la vuelta precedente.

3.^a vuelta. Un punto doble, dos barras en el punto siguiente, un piquillo, una barra en el mismo punto que los precedentes, un punto doble: repitase esto ocho veces.

4.^a vuelta. Un punto doble sobre un piquillo de la vuelta anterior, siete puntos lisos, un punto doble sobre el piquillo siguiente, y así sucesivamente.

5.^a vuelta. Una barra sobre cada punto de la vuelta anterior. Concluida esta vuelta, deberá resultar en todo sesenta y cuatro barras.

6.^a vuelta. Una barra, dos puntos lisos, una barra, dejando un punto de intervalo entre esta barra y la anterior, dos puntos lisos, etc.

7.^a vuelta. Un punto doble cogido á una de las ondas formadas por dos puntos lisos de la vuelta anterior, seis puntos lisos, un punto doble en la onda siguiente, y así sucesivamente.

8.^a vuelta. Dos barras en el tercer punto liso de los seis de la vuelta anterior, dos puntos lisos, dos barras en el mismo punto que las anteriores, un punto liso, y vuélvase á repetir esto mismo en cada onda.

9.^a vuelta. Dos barras cogidas en el primer punto liso de los dos de la vuelta anterior, dos puntos lisos en el mismo punto que los dos últimos puntos lisos; hecho esto, se vuelve al principio, y se repite hasta concluir la vuelta.

10.^a vuelta. Un punto doble cogido á la onda de los dos puntos lisos que unen dos grupos de cuatro barras; tres puntos lisos, una barra cogida en el primer punto liso de los dos que se encuentran entre un grupo de cuatro barras de la vuelta anterior, tres puntos lisos, y vuélvase al principio. Concluida esta vuelta, está terminada la estrella.

Puntilla de crochet (núm. 5).

Háganse cinco puntos lisos, reúnanse el primero al último, haciendo una barra sobre el primer punto; cuatro puntos lisos. Dáse vuelta á la labor, y teniéndola al revés, se hacen tres barras en el primer punto liso. Se vuelve otra vez la labor, y del derecho ya, se hacen cuatro puntos lisos, tres barras en el hueco formado por los cuatro puntos lisos que se acaban de hacer antes; cuatro puntos lisos, tres barras en el mismo hueco ú onda—X—. Se vuelve otra vez la puntilla del revés, siete puntos lisos, tres barras en el hueco formado de cuatro puntos

lisos que se han hecho anteriormente; cuatro puntos lisos, tres barras en la misma onda ó hueco, un punto liso, una barra en el hueco formado por los cuatro puntos lisos que se han hecho despues de vuelta la labor del revés.

Cuatro puntos lisos, tres barras en la onda que separa los dos grupos de tres barras de la carrera precedente, cuatro puntos, tres barras en la misma onda, nueve veces un punto liso, una barra en la onda de los siete puntos lisos, una barra cogida entre el último punto doble que hace de último festón de la puntilla y el grupo de los tres siguientes. (Para formar lo angosto de la onda, se coge esta barra en uno de los cinco puntos con que se ha empezado la puntilla.) Se vuelve la labor del revés, y se hacen tres puntos lisos, un punto doble entre dos barras de las nueve que se acaban de hacer; cuatro puntos lisos, un punto doble entre dos barras, cuatro puntos lisos, y así sucesivamente, poniendo un punto doble entre cada barra. Conclúyase por cuatro puntos lisos, un punto doble entre el grupo de nueve barras y el grupo de tres; un punto liso, tres barras en el hueco que separa los dos grupos de tres barras en la onda que forma la orilla de la puntilla.

Vuélvase la labor del derecho, háganse cuatro puntos lisos, tres barras, cuatro puntos lisos y tres barras, todo esto en el hueco formado por cuatro puntos lisos de la vuelta anterior. Vuélvase á —X— tantas veces como sea menester para hacer toda la puntilla que sea necesaria.

Núm. 6. Paño para respaldo de sillón hecho á crochet cuadrado ó de malla; despues de hecho puede adornarse con la puntilla del núm. 5.

Núm. 7. Bolsa para guardar guantes; puede hacerse con hilo de Escocia fino, ó con torzal negro,

Núm. 8. Pañito para los brazos de butaca; puede ir adornado con puntilla ó fleco.

Núms. 9 y 10. Acerico: puede hacerse de malla bordada, imitacion de guipure.

Núm. 11 Puntilla de crochet cuadrado.

Núms. 12 y 13. Entredos: puede servir de pie para cualquier puntilla.

ADELAIDA MONTAGNOL.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.